

BELÉN MARTÍNEZ

HASTA LA ÚLTIMA ESTRELLA



ANAYA

1.ª edición: octubre 2017

© Del texto: Belén Martínez, 2017
© De las imágenes: 123RF (befrieda; alphaspirit), 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

ISBN: 978-84-698-3418-3
Depósito legal: M-23029-2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

BELÉN MARTÍNEZ

HASTA LA ÚLTIMA ESTRELLA

ANAYA

*A mi hermana Victoria,
que siempre estuvo, está,
y estará ahí.*

PRIMERA PARTE

JEM

Caras, 31 de octubre de 2291, Día de la Reunificación.

Las cintas de colores le impiden apartar la mirada.

De matices brillantes, flotan, bailan en el aire y se retuercen antes de caer a las manos abiertas de las personas, que gritan y cantan, mientras una lluvia de arcoíris las empapa.

Son ellos los que las hacen volar. Con un solo gesto de sus dedos, las largas telas salen despedidas hacia el público.

A él le hubiese gustado estar allí. Perdido entre la multitud, como los otros niños que ve en las imágenes, rodeados de música, carrozas y magia. Sin embargo, se tiene que conformar con el sofá de su hogar y la pequeña holotelevisión por la que contempla la cabalgata.

Sus padres están a su lado, pero él apenas les presta atención. Solo tiene ojos para esas cintas que parecen tener vida.

De pronto, la imagen se acerca a la única niña que camina ante el público, con las manos repletas de lazos. Intenta imitar a sus padres y a su hermano que son capaces de hacerlas volar sin tocarlas.

Ella no. Por mucho que lo intenta, estas apenas se alzan un metro antes de caer hechas un guiñapo, a sus pies.

Frustrada, agarra una cinta roja y se acerca a la grada más próxima. Antes de que los soldados que rodean a la familia puedan atraparla, la lanza a un niño de pelo negro que extiende los brazos hacia ella.

Cuando el chico la atrapa, la niña vuelve la mirada y clava sus ojos enormes en la cámara que la enfoca, atravesándola con ellos.

El niño, temblando en el sofá, cree que solo lo está mirando a él.

Más tarde, hace un dibujo que con el tiempo se terminará perdiendo. Aparecen ese niño del público, la niña y él, con una lluvia de cintas cayendo sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 1

UN DÍA MÁS

Cuando me llevo la cucharada de cereales a la boca, siento una extraña vibración. Frunzo el ceño, sin dejar de masticar, y miro la leche. Esta vez no hay duda, veo cómo se ondula ligeramente antes de quedar de nuevo en calma.

Mis padres, a mi espalda, no dejan de discutir, como todas las mañanas desde hace meses. No sé qué ha ocurrido esta vez. Creo que no ha sonado la alarma y van a llegar tarde a la embajada. No dejan de echarse la culpa el uno a otro, derramando el café cada vez que se amenazan con la taza.

Desvío los ojos de las manchas oscuras del suelo para clavarlos en la ventana. Dura apenas un instante, pero lo vuelvo a notar. Un estremecimiento. Como si los cristales se tensaran y relajasen entre los marcos de acero.

—¿Lo habéis sentido?

Me vuelvo hacia mis padres, que han dejado de discutir para observarme.

—¿Sentir? ¿Qué es lo que tenemos que sentir? —pregunta mi madre, con impaciencia.

—El temblor —respondo, fijándome en el bol de los cereales de nuevo—. Me ha parecido que todo el edificio temblaba durante un segundo.

No responden. Se limitan a intercambiar una mirada silenciosa antes de que mi padre se acerque y me arrebate de un tirón la tableta holográfica.

—¡Eh! —protesto, intentando alcanzarla.

—Si es otra excusa para faltar a clase, es horriblemente mala —dice él, enfadado. Más de lo que suele estar cada mañana—. Termina el desayuno y date prisa. No quiero que llegues tarde.

—Como si te importara —murmuro.

—¿Qué has dicho? —pregunta mi madre, frunciendo el ceño.

—Se me ha quitado el hambre.

Dejo ruidosamente el tazón, aún lleno de cereales, en el fregadero, y aparto de un puntapié la silla para recoger la mochila que descansa en el suelo.

Mi padre añade algo más, pero lo ignoro, pasando por su lado en dirección a la puerta. Cuando vuelve a insistir, no puedo escucharlo porque la música golpea con todas sus fuerzas en mis oídos, brotando de los receptores musicales que llevo colocados en las orejas.

Sé cuánto odian mis padres que lleve puesto «ese aparato del demonio» cuando me hablan, así que sonrío mientras me calzo los zapatos del uniforme, junto a la puerta. Me abotono el abrigo hasta la barbilla y alzo una mano vagamente como forma de despedida, antes de desaparecer con un portazo. Ya en el pasillo, abierto al exterior, puedo respirar hondo.

Anoche nevó bastante, y algunos copos blancos siguen cayendo del cielo. Tendría que haber cogido un paraguas, pero volver a entrar en casa significa recibir otra bronca de mis padres, así que suspiro y me calo la capucha hasta los ojos.

Me gusta caminar hasta el instituto, a pesar del frío y de la nieve gris que se acumula a ambos lados de la calzada. Con la música y el aire gélido de la mañana, consigo despejarme y olvidar la pregunta que una y otra vez hace eco en mi cabeza: ¿Cuánto tiempo van a tardar mis padres en divorciarse? Sé que es una estupidez. Después de todo lo que está ocurriendo, esto es lo menos importante.

Es uno de junio, pero el tiempo es tan frío como los primeros días de enero. Y si alguien quiere beber un buen vaso de té para calentarse, tiene que gastarse una fortuna en agua embotellada. Es mejor opción hervirte la que sale del grifo, aunque después tengas el estómago revuelto el resto del día.

Un coche sale mucho más barato que un paquete de seis botellas. Aunque claro, hoy en día cualquiera que tenga algo de dinero en la IP, la tarjeta de Identificación Personal, puede comprar uno. Hasta los niños pequeños. Al fin y al cabo, nadie puede utilizarlos. Los prohibieron por completo hace veinte años, cuando el cielo perdió definitivamente su color azul y desapareció entre un mar de nubes grises y negras.

Por suerte, hay cosas que no cambian. Como los copos de nieve, que se están fundiendo sobre mi pelo, o las tiendas de holotelevisores. El mundo está a punto de morirse, pero al menos tendrá una buena televisión para verlo.

Todas las mañanas paso junto a una de esas tiendas, y suelo echar un vistazo al interior, a pesar de que nunca cambia nada. Sin embargo, hoy no puedo. Hay demasiada gente apelotonada contra el cristal, y ni siquiera soy capaz de ver mi pelo rubio oscuro o mis ojos castaños reflejados en él.

Aminoró el paso, extrañado, y me pongo de puntillas cuando camino junto a una pareja de ancianos. Sin quitarme los receptores musicales, y con la melodía resonando en mi

cabeza, desvió la vista de la cara pálida del anciano, al holograma más cercano. En él, puedo ver a la presentadora de las noticias. No oigo nada, solo veo sus labios moverse sin parar, mientras decenas de imágenes flotantes la rodean.

No me hace falta escuchar para comprender por qué hay tanta gente con la cara pegada al cristal de la tienda. Un titular que cruza la parte baja del holograma, una y otra vez, lo deja bien claro.

*Ataque terrorista en Capital.
Familia imperial masacrada.*

Entreabro ligeramente los labios, atónito, clavando los ojos en las decenas de imágenes idénticas que proyectan los holotelevisores. En ellas puedo ver las figuras de los emperadores, con sus sonrisas amables y su ojos claros mirándome directamente. También se muestran los rostros añiados de los dos herederos del imperio, el príncipe Artemis y la princesa Valentine. De esta instantánea hace ya mucho tiempo, porque en ella, los dos herederos no deben tener más de siete u ocho años.

Jamás se ha sabido demasiado de ellos. De hecho, de lo único que estoy seguro es de que, más o menos, tienen mi edad. Los emperadores, Zesar y Mérida Aliez, se encargaron de mantenerlos bien encerrados en su mansión de Capital desde que nacieron. Supongo que querían protegerlos del mundo humano, criarlos como verdaderos Áurea, alejados de todo lo que nos está destruyendo a nosotros, poco a poco. Pero, al parecer, no ha servido de nada.

Otra imagen. Esta vez, se muestra el estado en el que ha quedado la residencia de la familia desde decenas de metros

de altura. Una masa de escombros, informe, gigantesca, que escupe fuego y humo desde sus entrañas. Nadie ha podido salir vivo de ese infierno. Los Áurea son más fuertes, más inteligentes, tienen más resistencia que cualquier terrestre o colono... Pero ni siquiera ellos pueden sobrevivir a algo así.

Cuando la mansión destrozada es sustituida por la imagen del primer ministro de la Unión Terrestre, Oscar Wiggin, pálido, con el nudo de la corbata mal hecho y la piel empapada en sudor, la puerta de la tienda se abre con brusquedad y aparece el dueño.

—Si no vais a comprar nada, ¡largo! —exclama, lo suficientemente alto como para que pueda escucharlo por encima de la música.

Un holograma portátil lo sigue, interponiéndose una y otra vez en el camino de sus ojos. Parece que tiene al primer ministro saliendo de su frente.

—Podéis ver la televisión en vuestras casas, ¡así que fuera de aquí!

Las personas se dispersan entre murmullos molestos y ceños fruncidos, aunque tampoco se alejan demasiado. Algunos comienzan a hablar, asustados, sin dejar de mirar por encima del hombro los holotelevisores de la tienda.

De reojo, observo las caras mientras comienzo a andar. Sin embargo, apenas llego a dar dos pasos cuando me detengo en seco para observar con detenimiento una de ellas. Pertenece a una chica que, apoyada en la esquina de la tienda, llora sin control, frotándose la cara con los guantes, una y otra vez, mientras un hombre intenta consolarla sin mucho éxito. No puedo evitar mirarla fijamente.

Está bien, sé que lo que ha ocurrido es algo horrible, pero no recuerdo haber visto llorar a alguien tan desconsolada-

mente por una noticia en mucho tiempo. A pesar de que las malas noticias son casi diarias.

Los Áurea ocupan el mismo puesto que ostentaban los dioses siglos atrás. También llegaron del cielo. La diferencia es que estos siempre han sido de carne y hueso y que, al parecer, sí pueden morir tan vulgarmente como cualquier terrestre o colono, por muchas leyendas urbanas que hayan surgido sobre ellos.

La chica no deja de limpiarse las lágrimas con brusquedad, boqueando. Lleva un abrigo largo con botones dorados abrochado hasta el cuello, y un gorro de lana calado hasta el inicio de sus ojos verdes. De los laterales, se le escapan varios mechones de color caoba, largos, que se funden con la tela negra de su abrigo. De pronto, vuelve la mirada y la hunde en mí, sobresaltándome tanto que uno de mis receptores musicales cae al suelo cubierto de nieve.

—¿Y tú qué miras? —me grita, con la voz rota por las lágrimas.

Me coloco el receptor con rapidez y retomo el paso, camino del instituto. Por si acaso, no vuelvo a girarme.

* * *

—Sabes que por mucho que resoples no va a salir antes, ¿verdad?

Thomas deja de observarme para mirar con odio la puerta cerrada del aula de Química, como si ella tuviera toda la culpa.

—No lo entiendo. El examen solo tenía diez preguntas cortas. *Cor-tas*.

—¿De qué te sorprendes? —le pregunto, mientras él vuelve la vista hacia la puerta por décima vez—. Sabes de sobra que Miranda es siempre la última en salir.

—Quién sabe. Puede que se le haya terminado la capacidad de la tableta y esté hackeándola para ganar más espacio y extender sus respuestas —sugiere Eliot, lanzándome una mirada divertida.

—O puede que no haya estudiado y no tenga ni idea de qué responder —comenta Anna, que juega con su tableta holográfica.

Cuando el silencio es lo único que recibe como respuesta, separa la mirada de las imágenes y nos observa.

—¿Qué?

—Por los Áurea, Anna. Estamos hablando de Miranda. —Thomas se pasa las manos por su pelo rubio, alborotándose aún más—. La primera de la clase. El ojito derecho del profesor. El futuro de la humanidad.

—Vaya, ¿eso es lo que piensas de mí? —pregunta de pronto una voz femenina, sobresaltándonos.

A la vez, los cuatro miramos hacia atrás, observando cómo Miranda se aproxima a nosotros con el ceño fruncido. Tiene el pelo negro, disparado hacia todas direcciones y, como suele ocurrir cuando está estresada, las gafas se le han resbalado hasta la punta de la nariz.

—No entiendo cómo habéis podido tardar tan poco en entregar el examen.

—¿Tan poco? —repite Thomas, boquiabierto—. ¡Casi ha pasado la hora de la comida! En serio, ¿qué entiendes por respuestas cortas?

Los ojos de Miranda se iluminan de pronto, como si acabara de recordar algo de vital importancia,

—Ah, estoy segura que me he equivocado en la tres. ¿Qué habéis puesto vosotros? He estado dudando entre la teoría de...

—Oh, no. Para ya —gime Thomas, interrumpiéndola—. Déjalo, por favor. Sabes que vas a sacar otro sobresaliente más.

Ella pone los ojos en blanco, pero antes de que llegue a contestar, escucho un rugido. A la vez, todos clavamos la vista en el estómago de Thomas.

—¿Qué? Es lo que ocurre cuando esperas a que una empollona termine un examen. La hora del almuerzo pasa. Y yo estoy todavía en fase de crecimiento.

—No te quejes —intervengo, dándole un suave codazo—. Has sido tú el que ha insistido en esperarla.

—¿De verdad? —se sorprende Miranda, mientras Thomas vuelve la cara para esconder el violento sonrojo de sus mejillas. Lo mira durante un momento antes de cambiar de expresión—. ¿De qué trabajo quieres copiarte esta vez?

—¿Por qué eres tan mal pensada?

—¡Porque te conozco!

Por encima de sus voces, la campana que indica el regreso a clases hace eco en la galería, rebotando en cada uno de los viejos altavoces que cuelgan del techo. Al momento, todos comenzamos a andar en dirección a los ascensores; Thomas y Miranda sin dejar de discutir.

—¿Qué es tan interesante? —pregunto, inclinándome en dirección a Anna, que sigue sin separarse de su tableta.

Antes de que ella llegue a apartarla, puedo vislumbrar las imágenes de la tragedia en la ciudad de Capital, muy parecidas a las que he visto esta mañana en los holotelevisores de la tienda. La residencia imperial masacrada, los cadáveres calcinados y las víctimas colaterales, muchas de ellas simples turistas que se habían acercado demasiado al lugar equivocado en el momento equivocado.

—Pareces preocupada.

—Bueno, quizás todos debamos estarlo —contesta, un poco a la defensiva—. Han matado a toda la familia imperial. No han dejado a nadie con vida, ni una sola piedra sigue en pie.

—Antes sobrevivíamos sin ellos, así que podríamos volver a hacerlo. ¿No crees?

—¡Ellos nos salvaron! Vinieron a la Tierra solo para eso. De no ser por ellos... ni tú ni yo habríamos nacido.

—Decidieron salvarnos porque era la única forma de que ellos también pudieran existir —contesto, arrugando el ceño—. Pueden hacernos creer lo que quieran, pero ellos solamente son lo que nosotros seremos en cientos de años. Humanos evolucionados, nada más.

—Ya no —murmura Anna, bajando la mirada hacia la imagen de la residencia imperial—. Ya no son nada.

—Eh, saldremos de esta. Siempre lo hacemos, ¿no? Llevan poniendo fecha de caducidad a la Tierra desde mucho antes de que nuestros padres nacieran y, mira, aún seguimos aquí.

Anna asiente, no muy convencida, aunque termina apagando la tableta holográfica y deslizándola hacia el interior de su mochila. Sé que muchos piensan como ella. La mitad del planeta siente devoción por los Aliez, el apellido de la actual familia Áurea en el gobierno, a los que consideran como dioses, a pesar de que los herederos, cuando nacieron, ensuciaron pañales y berrearon por leche como cualquier terrestre recién nacido.

Yo pertenezco más bien a la otra mitad de la población. No puedo negar que han salvado la vida a billones de personas. Que, sin ellos, no se habría podido contener el agujero

de gusano que partió la Luna en dos, o que tampoco podríamos haber llegado al Sistema Kepler y crear la primera colonia en el planeta Origen, el seguro de vida de la humanidad.

Pero no solo había luz en ellos. Aunque muchos no quisieran verlo, también muchas sombras los envolvían. Nadie sabe cómo pudieron romper el tiempo y el espacio, y llegar hasta nosotros para salvarnos. No quisieron contarlo, y con el paso de los años, los gobiernos terminaron por aceptarlo. Ese fue el primer secreto, pero luego vinieron muchos más.

A pesar de que decían que amaban la humanidad por encima de todo, de que redujeron los daños de la Tercera Guerra Mundial, de que crearon la UT, la mayor alianza mundial que ha existido nunca..., jamás se relacionaron con nosotros. Los herederos nunca tenían contacto con otros niños. Se criaban en su palacio, lejos de todos y de todo, y solo se presentaban en sociedad cuando alcanzaban la mayoría de edad. Años después, aparecía quien sería su consorte, quien daba un nuevo apellido a la familia.

Era lo que había ocurrido con los Aliez. Cuando la princesa Mérida había cumplido los veinte, presentó a su futuro marido, Zesar Aliez, un Áurea de ojos fríos y de labios finos. No se sabía de dónde venían ni cómo llegaban hasta la Tierra, y nadie se atrevió a preguntarlo. A los dioses no se les discute sus rarezas, había escuchado decir una vez a un político de la UT en la holotelevisión.

Una parte de mí, incluso, no deja de preguntarse si no hubiese sido mejor que no hubiesen tratado de salvarnos. Al fin y al cabo, cuando abandonaron el futuro, lo modificaron. Es como ese antiguo proverbio: Cuando una mariposa mueve sus alas, en el otro lado del mundo estalla un huracán. Quién sabe. Quizás su final se lo han buscado ellos mismos.

Cuando llegamos al aula, la profesora Watson ya se encuentra allí, escribiendo compulsivamente sobre la pizarra digital. No nos dice nada, pero la mirada es suficiente para advertirnos sobre las consecuencias de volver a llegar tarde.

Watson enseña Biología, una asignatura que odio. Es la más inútil de todo el programa. ¿Para qué estudiar la fotosíntesis, si el Sol apenas llega a la superficie de la Tierra y no quedan más plantas que las que esconden celosamente en los invernaderos? Es estúpido. Resulta mucho más útil Táctica y Armamento; asignatura que hicieron obligatoria cuando se firmó el fin de la Tercera Guerra Mundial. Ahora que han acabado con los Áurea, estoy seguro de que muchos de los fuegos que se habían mantenido controlados por los emperadores se avivarán.

Por suerte, mi pupitre es el último de la fila y está pegado a la ventana. Solo tengo que agacharme un poco para quedar escondido tras el larguirucho cuerpo de Thomas. De esta manera, puedo estar toda la clase observando el cielo o el patio de recreo. Puedo hasta dormir, si quiero. Watson nunca me ha pillado. Pero, de pronto, un pequeño resplandor capta mi atención. Dejo de mirar a unas chicas que salen corriendo de los vestuarios por algún motivo, y entorno los ojos, atento, acercándome más a la ventana.

En el exterior, nieva con más fuerza. Parece que las nubes se han separado un poco y que un pequeño rayo de sol cae a toda velocidad hacia nosotros. Pero eso es imposible, hace demasiados años que no sucede. Yo ni siquiera he vivido nunca una mañana soleada.

—¿Jem? ¿Ocurre algo? —pregunta Eliot, inclinándose hacia mí.

Entonces, lo veo. No. No es un rayo de sol. En absoluto.

—Una bomba —murmuro.

Y entonces, el polideportivo, de dónde salen corriendo las estudiantes, persiguiéndose entre risas unas a otras, simplemente, explota.

Una luz deslumbrante me deja ciego antes de que nadie de mi clase tenga tiempo de reaccionar. En el instante en que abro la boca para gritar, todo se vuelve negro.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. JEM

CAPÍTULO 1. Un día más	13
CAPÍTULO 2. El cielo partido	25
CAPÍTULO 3. La chica	38
CAPÍTULO 4. Declaración	50
CAPÍTULO 5. La carta	61
CAPÍTULO 6. La decisión correcta	74
CAPÍTULO 7. Críos	87

SEGUNDA PARTE. ASPYN

CAPÍTULO 8. Carnaza	107
CAPÍTULO 9. Pruebas	120
CAPÍTULO 10. Papeles rotos	135
CAPÍTULO 11. Némesis	147
CAPÍTULO 12. Gravedad cero	161
CAPÍTULO 13. Caída libre	177
CAPÍTULO 14. Estrellas	188
CAPÍTULO 14. Pérdida	197
CAPÍTULO 15. Cambio de ruta	216
CAPÍTULO 16. Val	232

CAPÍTULO 17. Respuestas	239
CAPÍTULO 18. Día de permiso	254
CAPÍTULO 19. Aniquilación	272
CAPÍTULO 20. Ataque	289
CAPÍTULO 21. La princesa	305
CAPÍTULO 22. Último día	321

TERCERA PARTE. TRÍADA

CAPÍTULO 23. Jem	341
CAPÍTULO 24. Aspyn	347
CAPÍTULO 25. Kaz	355
CAPÍTULO 26. Jem	360
CAPÍTULO 27. Aspyn	365
CAPÍTULO 28. Jem	370
CAPÍTULO 29. Aspyn	377
CAPÍTULO 30. Kaz	384
CAPÍTULO 31. Jem	385
CAPÍTULO 32. Aspyn	393
CAPÍTULO 33. Kaz	395
CAPÍTULO 34. Aspyn	399
CAPÍTULO 35. Jem	412
CAPÍTULO 36. Jem	418
Agradecimientos	425

«Quizás sabían que iban a morir esa misma mañana. Los Áurea siempre fueron extraños. Quizás nunca nadie desvele jamás su misterio. Quizás nunca llegemos a conocer el verdadero motivo por el que vinieron».

En el siglo xxiv, la Tierra lleva muchos años unida y protegida bajo el gobierno de los Áurea; humanos evolucionados que llegaron de un futuro muy lejano. Ellos salvaron a la humanidad conteniendo la contaminación del planeta, proporcionaron la tecnología para crear el Portal Interestelar en el agujero de gusano que partió en dos la Luna y para poder llegar a un nuevo planeta, Origen, en la otra punta de la galaxia... Cuando estos seres casi divinos son masacrados en un atentado, al que le siguen los bombardeos a distintas ciudades, muchos jóvenes decidirán vengarlos (a ellos y a sus propias familias) uniéndose al ejército de la Unión Terrestre. Entre ellos estarán Jem, Thomas, Miranda y Aspyn, cuatro muchachos que han perdido todo lo que amaban, dispuestos a superar sus propios miedos y a enfrentarse a lo desconocido en los oscuros abismos del universo.

1578507



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com